

Relato Breve

El perro de los esclavos

Carmen Montalbán





Carmen Montalbán

<http://www.carmenmontalban.net>

<http://carmenmontalban.blogspot.com>

cmontalban63@gmail.com

El perro de los esclavos

Capítulo primero

LA EMANCIPACIÓN

¿Seguís ahí, cada uno en su cuarto? ¡Claro! Yo sigo al otro lado de la puerta, vigilando. Imagino lo aburridos que debéis de haber estado, pero calma: tengo ganas de hablar; un micrófono a punto, para que me oigáis bien, y una historia interesante con la que ayudo a matar el tiempo.

Es la vida de un antiguo coleguilla mío del orfanato que, un día, se animó, por fin, a emprender el vuelo. Aquella mañana, se despertó sin necesidad de que nadie lo llamase y no se quedó en la cama, haciendo el vago. Recorrió el largo pasillo del hospicio con zancadas retumbantes; llegó al despacho de don Benigno, su tutor; se cuadró frente a él sin miedo; empujó el dedo índice y, tapando con la otra mano la boca del baboso Silverio Montenegro —que berreaba como si hubiese tragado almejas abiertas, porque no quería que lo adoptase ni siquiera una familia con jardín—, le dijo:

—Me marchó. ¿Me deja usted las llaves de casa Clara?

Don Benigno suspendió la pluma en alto y le observó estupefacto, idiotizado. De no haber tenido que firmar una adopción, habría sido él quien irrumpiese en los dormitorios de mi coleguilla. Seguro que lo habría desenroscado de las mantas sin la menor consideración hacia su pobre corazoncito, y que le habría obligado a cultivar su talento exclamando cien veces el “¡*Quién más, ay Dios, hubiera trabajado!*”.

¡Lo que puede importunar que crean en las dotes de uno! Según don Benigno, trabajando mucho, mi amigo llegaría a ser buen actor. Su destino era el teatro, aunque no lo hubiese pisado nunca. Empeñado en eso, todos los días le echaba agua en la cara bien temprano y le invitaba a un delicioso arroz con leche, para que se tragase mejor el lenguaje de Calderón o de algún otro clásico. Ahora, en cambio, mi amigo había tomado arrestos sin arroz y se había enfrentado al miedo que don Benigno tenía a que se marchase.

Contra lo que esperaba, el viejo le dio la llave a su brioso ahijado; aunque, eso sí, acompañada de advertencias. La principal: que no se acercase al Abollaollas, a quien vosotros llamáis Legionario. También a él le cedió casa Clara cuando se emancipó y, en tiempos, le encargó del cuidado del muchacho, pero ahora era, según el viejo, la peor amenaza que se cernía sobre su nueva vida de *currito*. El Abollaollas iba con fulanas; decía palabrotas y andaba con cuadrillas de granujas, ya le conocéis. Se había pasado medio infancia en el reformatorio y media juventud en la cárcel. Era el tipo más cachas del orfanato; el más admirado y el más temido. Pero nadie le tenía tanto miedo como don

Benigno. Le daba pánico que alguien pagara su fianza y que él aprovechara su libertad condicional para apartar al chavalillo del teatro.

Sin embargo, don Benigno ya había perdido por entonces la confianza de hacer de él un buen actor. Las únicas metas de su ahijado parecían consistir en matar el tiempo, limpiarse las uñas con la navaja, y poner tierra en medio de él y del teatro sacando de paseo a los perros, Dogo y Lebrel; un lebrel afgano y un dogo de Cuba, descendiente de los antiguos rastreadores de esclavos.

Lebrel se dedicaba a la contemplación y tenía una pregunta vitalicia en la mirada. Era una bestia mansa, coqueta y quebradiza, de espléndida altura y pelo brillante color natillas; daban ganas de chuparlo. Dogo, que vive aún, es mucho más temible. Pelo negro, pecho desafiante y morro de enemigo. Por muy santo que sea, todavía parece un toro bravo.

Nadie quería tanto a Dogo y a Lebrel como mi colega. Nadie los expurgó ni los bañó ni los paseó nunca tan bien como él. Sólo cuando la estampa cautivadora del muchacho sostuvo el correa, se apreció la de ellos dos en toda su belleza. Dejarlos en el orfanato fue lo que más pena le dio cuando agarró la llave de casa Clara. Aunque también le disgustó un poco, claro está, que los compañeros dijese adiós y siguieran a lo suyo, con el balón; dejándole fuera del partido con la indiferencia de quien ve salir del campo a un jugador del equipo visitante.

— ¿Te vas al piso viejo de don Benigno? —dijo Pichón, con notorio menosprecio a los ímpetus nuevos que le movían.

Me creeréis o no, pero delante de individuos semejantes, mi amigo sintió como un revés. Entre capones, chinazos y, en fin, toda suerte de golferías, cargó sus pertenencias en la bolsa de plástico de un autoservicio, comprobó que llevaba la navaja y el mechero que le había regalado el Legionario, y soltó el aldabón con el propósito de no volver atrás hasta la fiesta del centenario del orfanato. Le había tocado en un sorteo llevar el estandarte de ese año y, aunque aún estuviese por venir al mundo, se prometió a sí mismo llevarlo como mandaba la tradición: junto a su hijo.

Sólo Dogo y Lebrel entendieron la lírica de su emancipación; sólo ellos le plantaron cara al chubasco y le siguieron, por entre flores de nomeolvides, hasta donde llegaban sus cadenas.

—Volved a la caseta. Hace un tiempo de perros.

— ¡Guau! ¡Guau! —ladraron locuaces, al oír el timbre de su entrañable voz.

—Ya lo sé, bonitos, pero ahora soy un hombre de provecho y demás zarandajas.

Incluso vosotros —solos y castigados— conocéis la emoción que uno experimenta cuando se desprende de seres queridos; especialmente, si se trata de perros sagaces. Caminas con la cabeza vuelta hasta que tu mano se mueve sin despedir a nadie. Mi amigo, en concreto, tropezó con un tarro de aceitunas rellenas y se expuso a que lo atropellase un conductor furioso, pero no miró hacia delante, prácticamente, hasta que llegó a su nuevo barrio.

Lo de *nuevo* era un decir. Apeataba a anticuario en toda la calle, que era como un islote entre un cuartel cuajado de pintadas y una torre de quince plantas que confería un cierto tono de humildad, por así decirlo, a las casas mezquinas de su acera. Mi amigo había llevado muchas veces a Dogo y a Lebrel hasta la plaza de la escuela —que estaba cerca— para ver, de pasada, a la chica de quien estaba resuelto a enamorarse; tal vez por eso, sus nuevos vecinos notaron en sus ojos una especie de excitación romántica cuando se asomó a los paraguas de las señoras saltándose los charcos, con la alegría de quien busca una fortuna que no necesita.

Según don Benigno, casa Clara no era el mejor lugar para *integrarse* —esta palabreja la utilizaba mucho—; sin embargo, mi amigo llevaba soñando con mudarse a ella y trabajar en algo distinto del teatro desde que su tutor amenazó con que se le acababa la paciencia, o sea, precisamente, una eternidad. Así pues, aunque el bloque tenía hasta ventanas cegadas con ladrillos, cruzó con optimismo el selvático portal de toronjiles y abrió con optimismo la puerta de la derecha, hinchada de humedad. Luego, colgó la bolsa en el cerrojo y desatrancó las ventanas. Los rombos de las baldosas y los ramos de la pared se iluminaron como en sueños: daba la impresión de que siguieran a oscuras. El suelo gimió bajo sus zapatillas mientras echó un vistazo a las habitaciones, a toda carrera. Con calma, quizás, le habrían parecido estupendas, pero ahora tenía que asearse y buscar trabajo o hacerse autónomo y poner industrias.

Dejó correr el agua sucia de los grifos pensando en los chismes que compraría con su primera paga. Los riesgos de vivir por cuenta propia le parecían tan emocionantes, que cuando la voz de una vecina resonó en el cuarto de baño, pegó un brinco.

Era una anciana vestida de negro. Se llamaba Adela, y le preguntaba por no sé qué higos.

—Tienes un patio detrás, con una higuera de lujo —decía, desde el portal-. Si quieres, te la enseño.

— ¿Una higuera? —dijo mi amigo, como si no se resistiese a pronunciarlo.

Aunque no distinguía un higo de una paraguaya, mi amigo se había aprendido de memoria casi todos los nombres del reino vegetal. Lo que más le gustaba de los jardines eran los nombres de las plantas. Sangre de

Francia, sol de las Indias, aro de Etiopía, habas de Egipto... Le resultaban exóticas hasta las higueras.

—Yo no me iría sin verla. Dicen que van a *expurgar* la finca para hacer una carretera.

Con las *expropiaciones* de la vecina ocurría lo mismo que con los vegetales de mi amigo: ambos usaban nombres que no eran. El chaval se vio tentado a corregirla, como habría hecho con él don Benigno, pero prefería no ganar una enemiga acérrima.

—No estoy para verduras, sino para finazas —dijo, sencillamente.

Salió del cuarto de baño en el mismo momento en que doña Adela brotó de entre el cenizo que regaba y se hizo la señal de la cruz, como si hubiese visto al diablo.

— ¡Chiquillo, si eres igual que Brando!

Desde que llevaron la tele al orfanato, le decía eso mucha gente, con el mismo hilo de voz.

—Eres igual que Brando —le habían gritado los colegas aquella tarde, llevándole a empujones hacia el televisor.

Hasta Don Benigno miró la película con expresión idiota. Desde entonces, ¡ay, *infelice!*, ese parecido obligó al muchacho a desempeñar mil papeles de teatro para nadie, con los que no ganó nada en el orfanato ni en ningún otro sitio. Como es lógico, las chicas le espiaban para convencerse y los hombres volvían la cabeza al cruzarse con él, pero esto era superfluo para alguien que había llegado con todos sus bártulos a cuestas, dispuesto a vivir de cualquier empleo que no le hiciera sentirse la sombra de otro.

No sabía por dónde empezar. Doña Adela le dio la idea: la oficina del paro. Así que él le dio un beso en la frente —estrecha como un piojo entre costuras— y, tras recoger a Dogo y a Lebrél del orfanato, se encaminó al INEM con la escalofriante emoción de estar fabricando su propio futuro.